

MANUEL CAÑETE (1822-1891) DESDE LA MIRADA DE J. L. ALBORG: un inédito hallado en su archivo personal

JORGE MARÍN BLANCO¹

Universidad de Málaga

Recepción: 28 de septiembre de 2025 / Aceptación: 27 de octubre de 2025

Resumen: Edición de una breve reseña biobibliográfica inédita sobre el crítico literario Manuel Cañete (1822-1891), redactada por Juan Luis Alborg y conservada en su archivo personal, actualmente custodiado por la Biblioteca de Estudios Sociales y Comercio de la Universidad de Málaga. Dicha edición se acompaña de una contextualización en el marco historiográfico de la segunda mitad del siglo xx y un análisis del contenido y estilo del texto, así como también se plantean diversas hipótesis sobre la posible finalidad para la que fue redactado.

Palabras clave: Literatura Española, siglo xix, Manuel Cañete, Juan Luis Alborg.

Abstract: Edition of an unpublished biobibliographical note on the literary critic Manuel Cañete (1822-1891), written by Juan Luis Alborg and preserved in his personal archive, now held at the University of Málaga. Following a contextualization within the historiographical framework of the second half of the twentieth century and an examination of the text's content and stylistic features, the study puts forward two hypotheses concerning the possible purpose for which the text may have been written.

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco de una Ayuda para la Formación del Profesorado Universitario (FPU22/01260) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y se ajusta a las líneas del grupo «Andalucía Literaria y Crítica: textos inéditos y reediciones» (ANLIT-C; Plan Andaluz de I+D+i, HUM-233) y del proyecto «SILVAE: Textos inéditos y patrimoniales de la Literatura Española», financiado por la Universidad de Málaga (PRO-B3-2023-10), del que su autor es miembro.

Keywords: Spanish Literature, 19th Century, Manuel Cañete, Juan Luis Alborg.

Nota preliminar

A Manuel Cañete se le puede —y se le debe— definir por una multiplicidad de atributos y ocupaciones: crítico literario, poeta, dramaturgo, periodista, erudito e historiador; facetas que desempeñó con mayor o menor fortuna, pero que en conjunto trazan el perfil de una figura imprescindible para desentrañar los entresijos de la cultura literaria de su tiempo, pues si de algo no cabe duda es de que fue un testigo excepcional de la vida literaria del siglo XIX.

En primer lugar, porque su existencia transcurre entre el segundo y el último decenio de la centuria, lo que le permitió presenciar el auge y el ocaso de varias tendencias y corrientes: el Romanticismo, al que siempre se asomó con cierta hostilidad; el llamado «eclecticismo» y las vertientes preservadoras del legado clásico, que constituían su terreno más afín; y, finalmente, las estéticas realistas y premodernistas, de cuyos albores aún alcanzó a participar.

En segundo término, porque sus tempranas inquietudes intelectuales, estimuladas por las enseñanzas de los «maestros» que lo educaron literariamente —entre ellos Alberto Lista, José Fernández Guerra y Juan María Capitán—, encontraron en su personalidad un caldo de cultivo idóneo para el florecimiento de una voz crítica con temperamento y firmeza, marcada por la tenacidad con que defendió sus convicciones, que nunca se dejaron arrastrar ante modas pasajeras, aun a riesgo de incomodar a sus contemporáneos.

El texto que aquí se edita constituye una reseña inédita que el historiador de la literatura Juan Luis Alborg dedica a Manuel Cañete, cuya redacción podríamos fijar aproximadamente en los años sucesivos a 1972, como más adelante veremos. Para comprender por qué Juan Luis Alborg decidió dedicar unas páginas a esta figura —hasta entonces prácticamente desconocida y hoy parcialmente relegada al olvido— es preciso situarse en el contexto historiográfico de los años sesenta del pasado siglo. Fue entonces cuando se consolidó un renovado interés por el estudio del Romanticismo y la literatura de esta época en general, estimulado, por un lado, por la publicación de manuales orientados a sistematizar y sintetizar la compleja historia literaria del siglo XIX (por citar algunos: Garrido Pallardó, 1958; Valbuena Prat, 1968; Furst, 1969; Peers, 1973 [traducción al español en dos volúmenes]; Moreno Alonso, 1979; Díaz-Plaja, 1980; Zavala, 1971 y 1982; García Castañeda, 1971; Schenk, 1983; Carnero, 1978; Llórens, 1979 y 1983; Sebold, 1983; Abellán, 1984); y, por otro lado, por el impulso de sendas monografías centradas en autores concretos (Ronald Randolph [1966] sobre Eugenio de Ochoa, José Escobar [1973] sobre Larra, Marrast [1974] sobre Espronceda, Picoche [1978] sobre Gil y Carrasco). Esta confluencia propició la recuperación crítica de escritores y escritoras que

habían desempeñado un papel destacable en la configuración del campo literario decimonónico y permitió un abordaje más riguroso y matizado del período.

En este contexto de revitalización historiográfica se publicó el estudio de Ronald Randolph (1972) a propósito Manuel Cañete, a quien bautizó como el «cronista literario del Romanticismo y el posromanticismo en España». Si bien ya habían aparecido acercamientos a su epistolario, como demuestran los trabajos de Cossío (1930-1934) y Esquer Torres (1961) —a los que posteriormente se suman otros como los de Del Rey Sayagués y Fernández Lera (1995) o Romero Tobar (2000)—, Randolph fue el primero en abordar y resignificar la vida y obra de una figura que podríamos considerar modesta, pero que contó con amplia repercusión en su tiempo, ya que a través de sus artículos de crítica literaria —muchos de ellos controvertidos y que le costaron grandes enemistades— radiografió buena parte de las inquietudes y debates del momento. No en vano, pocos son los estudios sobre la literatura hispánica decimonónica que pueden prescindir de los textos de Cañete para reflejar el estado y la evolución de la crítica literaria en España en estas décadas². Así, al dar a conocer este documento se aspira a enriquecer el corpus crítico generado en el período comprendido entre 1960-1980, de notable efervescencia historiográfica y revisionista en torno al Romanticismo español.

Dentro de la producción crítica alborgiana sobre la literatura del xix, como bien ha señalado la profesora Blanca Torres Bitter (2023), debemos tener en cuenta el especial protagonismo que adquiere el Romanticismo en su proyecto editorial *Historia de la literatura*, ya que el tomo iv está exclusivamente dedicado a este movimiento y a las primeras décadas de la centuria en general. Aunque dicho volumen vio la luz por primera vez en 1980, sabemos gracias a su correspondencia epistolar con amigos y editores que desde prácticamente la publicación del volumen dedicado al siglo xviii (1972) se hallaba inmerso en la recopilación de fuentes y referencias para su estudio sobre el Romanticismo, considerado por él como «la ceniciente de nuestra crítica literaria» (1982: 13).

Del inventariado y análisis de los fondos de Alborg donde se halla este testimonio se ha ocupado el grupo de investigación ANLIT-C gracias a los proyectos «RECALE XX: Recepción y canon de la literatura española en el siglo xx: historiografía, crítica y documentos inéditos» (I+D FFI2013-43451-P; IP: José Lara Garrido) y «Andalucía Literaria y Crítica: Fondos documentales para una historia inédita de la literatura española y su estudio. Los legados Juan Luis Alborg y Alfonso Canales de la Universidad de Málaga» (UMA18-FEDERJA-260; IP: Belén Molina Huete). El resultado más destacable de ambos es, sin duda, la monografía publicada en Pórtico/ Iberoamericana/Vervuert bajo el título *El legado de Juan Luis Alborg: semblanzas y estudios en torno a un historiador y crítico literario* (2023), en la que se

² Salvo los estudios mencionados, que abordan generalmente su epistolario, no han vuelto a aparecer trabajos centrados en la vida y obra del crítico sevillano, a excepción de haber sido recogido en panoramas globales y en diccionarios de autores y críticos (véase, por ejemplo, Royo Latorre, 2007 y Loyola López, 2024).

esboza una panorámica integral del autor desde sus más diversas facetas, con especial atención a los diferentes tomos de su historia de la literatura³.

Dicho volumen recoge y replantea, parcialmente, algunos de los estudios críticos que se dieron a conocer en el I Simposio Internacional sobre Historiografía y Crítica de la Literatura Española (Málaga, 2014), dedicado a «El legado de Juan Luis Alborg en su centenario». Este encuentro apuntaló algunas de las bases para la recuperación del legado crítico de Alborg, como bien sintetizó el profesor José Lara Garrido en su ponencia «El futuro del legado J. L. Alborg: líneas de investigación e inéditos», donde destacaba la multitud de inéditos, fichas, borradores y papeletas de sus trabajos que aún estaban por rescatar y estudiar. Sirva este testimonio que aquí edito como ejemplo de uno de ellos.

Sobre el texto: descripción y naturaleza del escrito

Por su carácter sincrético y el estilo de redacción empleado, el texto de Alborg debe leerse como una breve reseña o nota biobibliográfica sobre Manuel Cañete, encaminada a sintetizar lo publicado hasta ese momento sobre el autor, más que como un verdadero intento de profundizar en su vida y obra. No se trata, pues, de abrir nuevas vías de conocimiento —como sí hizo la monografía de Randolph (1972)—, sino de compilar lo ya dicho.

Sobre el documento, conservamos un único testimonio mecanografiado, aunque corregido a mano por el propio Alborg. Esta práctica escrituraria era completamente común en él, como demuestra el material disponible en su archivo personal: sucesivas redacciones y borradores de un mismo trabajo en los que el crítico, minuciosamente, depuraba, reelaboraba el plan inicial y ampliaba o matizaba sus postulados. En este caso concreto, las enmiendas *a posteriori* apenas alteran el contenido, simplemente se limitan a pulir estilísticamente su redacción. No obstante, con el fin de ofrecer también esta intrahistoria del *modus scribendi* alborgiano, he decidido incluir en el anexo de este artículo la reproducción del documento original, de forma que el lector actual pueda acceder también a esta faceta.

El contenido, en realidad, es tan sencillo que ha quedado resumido en lo ya señalado en el primer párrafo. Sin embargo, la pregunta inevitable que ronda al leerlo es: ¿para qué fin compuso Alborg este texto? Su carácter inédito —salvo que aparezcan nuevos datos o investigaciones que revelen lo contrario— invita a conjeta⁴. Me limitaré a proponer un par de hipótesis, basadas en una radiografía de su formato discursivo, así como en algunas notas que justifiquen mi propuesta:

³ Otros valiosos trabajos que demuestran la necesaria labor de recuperación documental del legado de Alborg se han centrado, por ejemplo, en la edición y estudio de guiones cinematográficos inéditos (Malpartida Tirado, 2022), en la atención a su correspondencia (Alborg, 2023; López Cobo y Molina Huete, 2023 y 2024), así como a su faceta de latinista (Macías Villalobos, 2022 y 2023).

⁴ Tras la consulta de su epistolario, material que podría arrojar alguna luz al interrogante planteado, no he hallado referencia alguna al texto sobre Manuel Cañete que aquí se edita.

La incorporación de correcciones manuscritas sobre el texto mecanografiado revela la intención del autor de revisar cuidadosamente su contenido y modificar ciertas expresiones, lo que sugiere que fue concebido para su publicación escrita. Esto permite descartar la hipótesis de un destino oral —como, por ejemplo, una conferencia—, ya que las enmiendas que ejecuta no apuntan en esa dirección.

A primera vista, pudiera pensarse que este texto es una simple reseña destinada a alguna revista científica —debemos descartar la prensa por el empleo de bibliografía, poco usual en este medio, y su extensión, que excede el formato periodístico—. La brevedad, el uso sistemático de bibliografía y la predominancia de Randolph (1972) como fuente, junto con la crítica directa a su estilo, podrían reforzar esta impresión.

Pero lejos de discutir la investigación de Randolph o de analizar la estructura de su monografía —aspectos convencionales que suelen abordarse en textos reseñísticos—, Alborg se concentra en trazar la vida y obra de Manuel Cañete, apoyándose, eso sí, en la obra de Randolph, por ser casi la única fuente crítica disponible, sin que ello impida, por otra parte, que Alborg manifieste su conocimiento sobre otros estudios. Este mismo *modus operandi* sigue Alborg para en su *Historia de la literatura* trazar, por ejemplo, el perfil de Eugenio de Ochoa —a quien también Randolph había dedicado una monografía en 1966—. En este sentido, queda claro en la lectura la fidelidad de la fuente de la que se sirve.

Incluso es tan semejante el contenido que, en esa voluntad de definir a Cañete, sorprende que Alborg no diga nada de la poesía del autor, evidenciando un enfoque selectivo en el que se privilegia la crítica sobre la creación literaria. En este hecho, precisamente, coincide con la monografía de Randolph (1972), que se centra, salvo pequeñas pinceladas teatrales, en su labor de crítico. Así, Alborg no redescubre otros mundos posibles ni siente la necesidad de hacerlo: simplemente extrae el jugo de aquello que ha leído.

Paradójicamente, cuando inicia su texto, no duda en definirlo ante todo como poeta, pese a no explorar esta dimensión. No supondría hoy ningún descubrimiento afirmar que Cañete no fue un poeta de primer rango, y que en su personalidad se cumplía una tónica muy común en los intelectuales aficionados a la literatura del momento: presentar una faceta crítico-teórica que sobresale por encima de la creativa. Pero cualquier aproximación rigurosa a la vida y obra de un escritor exige de explorar todas sus caras: Cañete llegó a publicar en vida sus composiciones en 1859 en la Imprenta de Rivadeneyra. Asimismo, formó parte de volúmenes colectivos como la *Corona poética en honor de don Alberto Lista* (Sevilla, 1850), el de Carlos Ochoa, *Antología Española. Colección de Trozos escogidos de los mejores hablistas en prosa y verso desde el siglo xv hasta nuestros días* (París, Carlos Hingray, 1860) o incluso de obras manuscritas aún inéditas como la conservada en el fondo Rodríguez Moñino de la Real Academia Española, con exlibris de la biblioteca de Francisco Fernández de Navarrete, bajo el título de *Colección de poesías manuscritas* (sig. RM-6863), entre las que figuran algunas de las mejores

plumas de su tiempo: Francisco Martínez de la Rosa, Juan Nicasio Gallego, José Zorrilla, Julián Romea, Manuel Bretón de los Herreros y un largo etcétera.

Ni que decir tiene de su extensa participación con poesías de carácter circunstancial —muy denostadas por nuestra crítica actual, pero ampliamente leídas y del gusto del público en este período que Valera definió de «fiebre poética» (Valera, 1902: 1200)— en periódicos como *El Genil*, *La Alhambra*, *la Revista de Europa*, *El Paraíso* o *La Platea*. De este modo, resulta evidente que su vertiente de creación poética, aunque menos valorada, fue parte significativa de la vida literaria de su tiempo.

Desechado el formato reseñístico y reforzada su fidelidad al estudio de Randolph, podría plantearse una segunda hipótesis, quizás arriesgada, pero más probable: este texto fue uno de esos borradores candidatos para su inclusión en un proyecto editorial más amplio, como la *Historia de la literatura*, y cuyo destino final fue su olvido entre los documentos de su archivo. Cronológicamente, tiene sentido, pues el texto hubo de ser redactado en fechas próximas a 1972 al referirse al estudio de Randolph como «reciente». Cabe recordar que Alborg dedicaba tiempo a la redacción del volumen IV de su *Historia* desde casi una década antes, por lo que la publicación de Randolph le pilló con el proyecto ya entre manos⁵.

Otro argumento de peso a favor es la completa adecuación del contenido con respecto al presentado en el volumen IV de la *Historia de la literatura*, pues pese a la nula presencia de estudio sobre Cañete en este proyecto editorial⁶, en el capítulo dedicado a la «evolución histórica» del movimiento romántico, Alborg presenta una selección de críticos «mayores»: Bartolomé José Gallardo, Agustín Durán, Alcalá Galiano y Eugenio de Ochoa, aunque sin que ese apellido conduzca a la existencia de un apartado dedicado a críticos menores —entre los que quizás podría ubicarse Manuel Cañete si comparamos la trascendencia, calidad y cantidad de su producción crítica con respecto a la de los arriba mencionados—⁷. De hecho, un trabajo que aún no se ha realizado y que podría ser de interés a la hora de hablar de la crítica de su tiempo, tal y como apuntaba Randolph (1966), es un estudio

⁵ A propósito de este hecho, he podido constatar en la biblioteca personal de Juan Luis Alborg, conservada en la Biblioteca de Estudios Sociales y de Comercio de la Universidad de Málaga, que la monografía de Randolph (1972) no está presente entre los más de 6000 volúmenes. Sin embargo, sí que se conserva entre los fondos bibliográficos de la Universidad de Purdue, donde desde 1967 ejercía como Profesor Titular. Para confirmar esta segunda vía por la que Alborg pudo leer a Randolph, ha quedado pendiente por revisar el conjunto de fichas de consultas bibliográficas que el crítico conservó, actualmente en proceso de inventario y catalogación.

⁶ Cañete es mencionado en la *Historia* una docena de veces, siempre de pasada, en las casi mil páginas que ocupan su volumen y nunca como entidad propia, sino a propósito de críticas al Duque de Rivas, Ventura de la Vega o Selgas. Llama también la atención que la mayoría de las veces que cita sus escritos no lo hace por textos originales, sino a través de Caldera o Peers, por lo que se limita a recoger fuentes secundarias.

⁷ Esta distinción entre «mayores» y «menores» sí la aplica, en cambio, al hablar de los poetas líricos en el capítulo cuarto, donde Espronceda es separado de los menores Ros de Olano, Bermúdez de Castro o Arolas, entre otros.

comparativo entre los textos coetáneos de Manuel Cañete, Eugenio de Ochoa, Aureliano Fernández Guerra y otros «críticos menores», donde se discernieran las concomitancias y diferencias del enfoque crítico de cada uno de ellos. Quizá Alborg no rechazara en un primer momento la invitación lanzada por Randolph unos años antes.

No menos importante para considerar esta hipótesis es la ya mencionada extensión, que es idéntica a la de otras semblanzas que escribe en su *Historia* sobre los críticos arriba apuntados. En general, hay concisión, que incluso conduce en algunos momentos a inconcreción. Alborg apunta vías posibles, pero sin agotarlas ni detenerse sobremanera en ninguna de ellas. Así se observa, por ejemplo, cuando alude a sus años de formación, previos a su marcha a Madrid, en ciudades como Sevilla o Granada; o en su importante labor de crítica literaria en las páginas de *El Heraldo*, medio fundado por el conde de San Luis. Sobre este último episodio, que es despachado por Alborg en apenas tres líneas, dedicó Randolph nada menos que dos capítulos de su monografía.

Otro indicio que refuerza que esta semblanza no es un texto independiente son las incongruencias detectadas en la referenciación bibliográfica, especialmente en las notas al pie números 13 y 14, donde se mencionan las obras completas de Valera como «estudio citado» sin haber aparecido anteriormente. Esto sugiere que en otra parte anterior del texto ya se habría referido Alborg a dicha obra, que curiosamente figura en el tomo IV de la *Historia de la literatura* desde el primer capítulo. Asimismo, en la nota 9, cuando cita la obra de Randolph *Eugenio de Ochoa y el Romanticismo español* (1966) parece dejar incompleta una remisión a otra página donde ha abordado con mayor profundidad esta investigación.

Pese a que Juan Luis Alborg no avanza en contenido, hemos de reconocer al crítico una admirable capacidad de síntesis, en que la búsqueda incansable por la palabra exacta consigue dibujar un perfil aproximativo lleno de matices. Así se muestra, por ejemplo, al delinear el perfil ideológico del escritor en el documento que tratamos: «Cañete fue toda su vida un conservador incommovible, tradicionalista y monárquico, aunque isabelino, defensor del trono y del altar y de la literatura honesta y aleccionadora». Debemos trasladar a Alborg los elogios que ya otros coetáneos le brindaron a propósito de su *Historia de la literatura*: el incluir resúmenes de las principales investigaciones y líneas interpretativas existentes sobre un tema específico.

Desde una perspectiva actual, las opiniones de Juan Luis Alborg sobre Manuel Cañete conservan un valor historiográfico significativo, aunque limitado por su dependencia casi exclusiva de la monografía de Randolph y por una evidente falta de exploración en facetas como la poética del autor. Si bien su semblanza no aporta hallazgos inéditos ni revisiones sustanciales, sí ofrece una síntesis clara y representativa del estado de la crítica en el momento de su redacción —y que para el caso de Cañete, figura a la que no ha vuelto a dedicarse un estudio monográfico que supere el de 1972, muchos de sus postulados siguen estando vigentes, si bien el mapa interpretativo que maneja Alborg se ha visto matizado por estudios

posteriores sobre el campo literario decimonónico—. En este sentido, más que mera arqueología, el texto de Alborg permite rastrear las líneas interpretativas dominantes y los criterios de selección que guiaban la inclusión o exclusión de figuras como Cañete en los grandes relatos de las historias de la literatura española. Su mirada, centrada en la ideología conservadora del autor, en su carácter polemizador o en su atención a la moralidad literaria, sigue siendo indicativa de una época crítica que, aunque superada, aún dialoga con los debates actuales sobre canon, recepción y memoria literaria.

Por ello, no debemos, ni mucho menos, infravalorar este testimonio, ya que su interés radica precisamente en los atributos que caracterizan el estilo crítico de Alborg: sincretismo, brevedad, sencillez y una notable capacidad para mantener el interés del lector, incluso cuando se trata de materias arduas. Utilizando sus propias palabras, Juan Luis Alborg elabora un texto de *omni re scribili*, capaz de condensar la esencia de un período y de una figura tan compleja como la de Manuel Cañete.

Edición⁸

MANUEL CAÑETE

Manuel Cañete es uno de los críticos que más dijeron y dieron que decir a lo largo de casi todo el siglo XIX, pues su dilatada existencia y su precocidad —comenzó a escribir y a publicar siendo prácticamente un niño— le permitieron recorrer las singladuras literarias de toda la centuria.

Nació Cañete en Sevilla en 1822⁹. No se sabe de cierto quiénes fueron sus padres; al parecer, fue hijo natural del marqués de Saltillo y de una

⁸ En la presente edición he actualizado la ortografía y he repasado la puntuación conforme a las actuales normas de la Real Academia Española. Asimismo, se han mantenido las abreviaturas de las referencias bibliográficas, aunque el número de páginas, siguiendo las normas de la revista, se referenciará con p. o pp. Se respetan las notas a pie de página del propio autor —a las que he añadido algunas aclaraciones o apostillas indicadas como nota del editor (N. del E.)— y se insertan en el cuerpo de texto algunos fragmentos añadidos, siguiendo las llamadas manuscritas correspondientes en la revisión de Alborg (véase p. 3 de la reproducción original para su cotejo).

⁹ Aunque se cita a Cañete constantemente en todo estudio o comentario sobre el siglo XIX, no existía monografía alguna sobre él hasta la reciente de Donald Allen Randolph, *Don Manuel Cañete. Cronista literario del Romanticismo y del Posromanticismo en España*, University of North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, n.º 115, Chapel Hill, 1972. El trabajo de Randolph es muy meritorio y de gran

actriz de teatro. Pasó su niñez y su juventud entre la gente de la farándula y a los catorce años era apuntador del Teatro Principal de Sevilla. Con alguna compañía de cómicos, según se cree, recorrió varias provincias, y a los dieciséis años había ya compuesto dos piezas de teatro y varias poesías y artículos. Tenía diecinueve cuando pudo estrenar en Granada la primera de sus obras que subió a las tablas, *Lo que alcanza una pasión*, que representaron los mejores cómicos del momento: José Tamayo y Joaquina Baus.

En 1844, después de haber vivido sucesivamente en Sevilla, Cádiz y Granada y de haber publicado abundantes cosas en diversos periódicos de las tres ciudades, se encaminó a Madrid. Cañete no había seguido estudios regulares de ninguna especie, pero puede darnos la imagen del

utilidad porque recoge y agrupa una información abundantísima sobre la actividad literaria de nuestro autor y sus relaciones con otros escritores de la época; pero, a diferencia de la monografía que había compuesto anteriormente sobre *Eugenio de Ochoa y el Romanticismo español* (véase pág.) [sic], la de Cañete está escrita en un español lamentable, faltó, quizás, el autor de la debida asistencia para su redacción en nuestro idioma. Por otra parte, la significación global de Cañete se pierde entre las mil y una noticia sobre Cañete —los árboles no dejan ver el bosque—, y el autor omite también, esta vez, la relación bibliográfica de las obras del crítico, que tan útilmente había ordenado en su estudio sobre Ochoa. Cfr. José María Ibarren, «Viaje a Navarra de un escritor romántico en 1843», en *Príncipe en Viana*, VII, 1946, pp. 583-591; Ramón Esquer Torres, «Epistolario de Manuel Tamayo y Baus a Manuel Cañete», en *Revista de Literatura*, XX, 1961, pp. 367-405, a través de las cartas de Tamayo pueden seguirse muchos detalles de la actividad literaria y vida del crítico.

[N. del E.]: Se refiere Alborg a la monografía publicada en 1966 como volumen 75 de la colección University of Carolina Publications in Modern Philology. Al final de dicha monografía Randolph incorporó una relación bibliográfica ordenada cronológicamente con las ediciones y reimpressiones de la obra de Ochoa más relevantes desde 1835 hasta 1959. Alborg dedicó en el volumen IV de su *Historia* un apartado a Eugenio de Ochoa en el que ya alabó el trabajo de Randolph —y al igual que con Cañete es casi la única fuente que emplea, pues lo citó 22 veces en apenas una decena de páginas—: «Ochoa no es, en modo alguno, un desconocido; publicaciones y ediciones famosas llevan su nombre. Y, sin embargo, hasta fechas muy recientes no había sido objeto del minucioso estudio monográfico que exigía su evidente importancia. Esta monografía, realmente excelente, debida a la diligencia de Donald Allen Randolph, ha dado el debido relieve a la fecunda participación de Ochoa en el movimiento intelectual y literario de la primera mitad del siglo» (Alborg, 1982: 168). Esta nota bibliográfica contiene una referencia incompleta cuando se alude a este monográfico, pero sumamente reveladora, pues ese «véase pág.» sugiere que el texto de Cañete se inserta en un proyecto editorial mayor.

perfecto autodidacta¹⁰. Leyó y estudió muchísimo por su cuenta, su vinculación al teatro le puso en contacto muy tempranamente con multitud de escritores, y tenía una mano felicísima para introducirse con gentes importantes de toda condición, con cuyo trato, tertulias y recíprocas comunicaciones eruditas y literarias adquirió vastos conocimientos; no tuvo maestros en las aulas, pero se relacionó con los mejores en frecuente intercambio epistolar.

Su juventud casi bohemia no le encaminó hacia actitudes progresistas, como venía siendo normal en la época romántica; quizá por esa fuerza de la sangre, tan acreditada en los folletines de la época, Cañete fue toda su vida un conservador incombustible, tradicionalista y monárquico, aunque isabelino, defensor del trono y del altar y de la literatura honesta y aleccionadora. Como Ochoa, pero en mucha mayor medida, la moralidad de una obra pesaba en su ánimo por encima de los valores literarios, y solo aprobaba estos títulos cuando la «sana intención» quedaba demostrada.

Cañete fue un polemista infatigable. Apenas hubo autor dramático, poeta, erudito o historiador, amigo o enemigo, con quien no se enzarzara en alguna disputa. No es necesario suponer que la gente de pluma de su época fuese más irritable y suspicaz que en otra cualquiera, pero parece que en la atmósfera literaria Cañete atraía el rayo. Polemizó con Amador de los Ríos a propósito de los orígenes del arte gótico; después de haber sido su admirador y amigo, la emprendió casi obsesivamente con el actor Julián Romea y con su mujer Matilde Díez, a quienes negaba toda capacidad para representar; persiguió a Zorrilla con una animosidad implacable y cruzó con él una correspondencia que es divertida a ratos por la envenenada agudeza de ambos contendientes; terció en el ruidoso problema de *El Buscapié*, la famosa mixtificación de Adolfo de Castro, tomando partido erróneamente a favor de este; se enemistó con la Avellaneda, de la que había sido amigo fervoroso y hasta platónico

¹⁰ [N. del E.]: En este párrafo se muestra a la perfección el carácter sincrético del texto de Juan Luis Alborg, pues despacha toda su producción de juventud en revistas y periódicos en apenas dos líneas. Asimismo, se observa en la caracterización del personaje un sistemático traslado de los atributos ya consignados por Randolph, como por ejemplo en este caso: «Fue un autodidacta en muchos aspectos, y observador de los demás» (Randolph, 1972: 16).

enamorado. La más ruidosa cuestión fue, sin embargo, con el dramaturgo Tomás Rodríguez Rubí; después de prolongados tiroteos epistolares y en periódicos, a causa de las críticas de Cañete sobre los dramas de aquél, se efectuó un duelo a pistola: Rubí, que disparó primero, agujereó el sombrero de copa de su rival, pero este, noblemente, renunció a disparar después. Piques de más o menos trascendencia y duración los tuvo Cañete hasta con sus más íntimos amigos: el poeta murciano Antonio Arnao, Fernán Caballero, Joaquín Arjona. De mucho mayor altura, por la especial calidad del contendiente fue la polémica sostenida con Valera a propósito de los orígenes del teatro español, y también con el mismo respecto a la interpretación dada por ambos al *Don Álvaro* del duque de Rivas. Y, por supuestas, pueden omitirse las repetidas controversias con periodistas y escritores del bando político opuesto, con quienes Cañete polemizó incansable en todos los tonos sobre problemas de doctrina literaria, política o moral, sobre todo cuando estas últimas se aplicaban a las obras de creación¹¹.

No obstante sus numerosos enemigos, Cañete, en general, fue crítico tan temido como considerado. Se estimaba su cultura y preparación, y se temía su capacidad polémica y dialéctica, así como su desdeñosa suficiencia. Por otra parte, la pasión con que encarecía las obras de sus amigos o de quienes atraían su simpatía, ofrecía un flanco propicio para el ataque de sus oponentes. Al correr del tiempo, Cañete se quedó anclado en sus ideas y preferencias; hasta para su atuendo personal seguía usando los trajes a la moda de sus años mozos; las revistas y periódicos conservadores le siguieron ofreciendo sus páginas hasta el fin de sus días y las críticas de Cañete continuaron siendo en ellas una institución. Pero las nuevas promociones le detestaban. Cuando se produjo el triunfo del realismo, Cañete rechazó a Clarín y a Galdós, e incluso a Pardo Bazán, por su liberalismo, su anticlericalismo, su pesimista visión de la realidad,

¹¹ [N. del E.]: Todas estas polémicas aparecen recogidas en la monografía de Randolph de forma detallada, pues uno de los propósitos más destacables de dicho investigador al dar a luz su trabajo fue el de «arreglar por primera vez la desordenada historia de sus muchas batallas» (1972: 9); José Amador de los Ríos, pp. 63-65; Julián Romea, pp. 109-115; José Zorrilla, pp. 110-116; Adolfo De Castro, pp. 91-96; Gertrudis Gómez de Avellaneda, pp. 141-151; Tomás Rodríguez Rubí, pp. 80-85 y otras más esparcidas a lo largo del estudio, como las de Antonio Arnao, Fernán Caballero, Joaquín Arjona o Valera.

su escaso respeto por las viejas instituciones. No atreviéndose a publicarlos en los periódicos del país, Cañete enviaba a los de Ultramar sus más duros ataques, con hábil cuquería que denunció Clarín. Los satíricos, en especial Emilio Bobadilla —*Fray Candil*— y Valbuena, ridiculizaron a Cañete implacablemente; a pesar de su crueldad, merecen recordarse unas líneas del segundo en *Ríos académicos*: «Nacen Espronceda y Enrique Gil, verdaderos poetas, o flores de preciado aroma como usted decía, y se mueren pronto. Nace usted, verdadera hierba antipoética, o verdadero abrojo literario, y vive usted y dura ¡ay! Y escribe... y es usted más viejo que un palmar»¹². Valera recuerda que, en ocasiones, los periódicos llegaron a recomendar de un libro, asegurando que no llevaba prólogo de Cañete¹³.

En los cuatro primeros años de su vida en Madrid estrenó Cañete varias obras dramáticas: Un relato en Granada, *El Duque de Alba*, *¡Un jesuita!*, *Los dos Fóscaris* y *Un juramento*. De ellas la única de cierta importancia es la segunda, compuesta en glorificación del famoso militar, aunque no se le pinta en sus discutidas campañas de Flandes, sino después de ellas, como víctima de una intriga palaciega, que queda desvanecida cuando Felipe II le entrega el mando del ejército de Portugal. Escribió al mismo tiempo revistas de teatro y artículos de *omni re scribili*, en relación con la literatura y las artes, en diversas publicaciones de Madrid y provincias, particularmente en la *Revista Literaria de El Español*, en *El Faro* y en la *Revista de Europa*. En 1848 Luis José Sartorius, conde de san Luis,

¹² Cit. por Randolph en estudio cit., p. 240.

¹³ En «Una poetisa italohispana», en *Obras completas* (Aguilar), tomo II. 2^a ed., Madrid, 1949, p. 1138.

[N. del E.]: El fragmento de Valera al que se refiere Alborg dice así: «Cada día soy yo más escéptico en punto a crítica poética, y, sin embargo, por una contradicción absurda, no ceso de escribir críticas sobre muchos y diferentes poetas. A pesar de la poca fe que tengo en la seguridad de mis juicios, estoy componiendo y publicando un florilegio atiborrado de críticas tales, y ya mucho antes que el florilegio apareciese había yo escrito artículos encomiásticos y extensos prólogos sobre las poesías del Marqués de Molins, de Pedro Antonio de Alarcón, de Campoamor, de Menéndez y Pelayo, de Amador de los Ríos y de no pocos otros poetas. El temor de que llegasen los periódicos a recomendar la adquisición de un tomo de poesías, asegurando que no tenía prólogo mío, como ya se recomendaron otros asegurando que no tenían prólogo de Cañete, tal vez ha impedido que escriba yo dos o tres veces más prólogos de los que he escrito» (Valera, 1912: 177-178). De ello se deduce, por tanto, que Cañete y Valera eran personalidades influyentes y respetadas por su constante presencia como prologuistas y críticos.

que estaba realizando una meteórica carrera política, conocido mecenas de la juventud creadora, nombró a Cañete su secretario y le encargó la crítica literaria de *El Heraldo*, el más prestigioso periódico del momento y órgano del partido moderado. Desde esta tribuna y durante varios años, Cañete levantó o puso en entredicho reputaciones, según le petara, descubrió y ayudó a nuevos ingenios, patrocinados por el conde, y se atrajo a las iras o el respeto de todos los que escribían en el país.

En 1852 Cañete fue nombrado Vocal de la Junta Consultiva de Teatros, y al año siguiente oficial del Ministerio de Gobernación. Se había convertido en el periodista de moda y era invitado a todas las tertulias literarias y fiestas de sociedad de Madrid. Pero en julio de 1854 estalló la revolución, las turbas saquearon el palacio de su protector. O'Donnell y Espartero, jefes de la nueva coalición política, entraron triunfantes en Madrid, y Cañete tuvo que huir de la capital, a donde no regresó hasta 1856.

En el intermedio, y tras haber andado escondido por algún tiempo y vencido una grave enfermedad, había fundado en Sevilla con José Fernández Espino la *Revista de Ciencias, Literaturas y Artes*. A Madrid regresó como redactor de *El Parlamento*, periódico que encarnaba la oposición contra O'Donnell. Cañete recuperó rápidamente el tiempo perdido: a poco era nombrado director de la *Gaceta* y en julio se le elegía académico de la Real de la Lengua, en donde ingresó meses después leyendo un discurso en el que hacía un paralelo entre Garcilaso, fray Luis de León y Rioja¹⁴. Todavía antes de fin de año publicó un volumen de *Poesías* con muchas de las aparecidas anteriormente en revistas o periódicos.

En marzo de 1857 Eduardo Asquerino fundó la revista *La América*, en donde Cañete colaboró copiosamente, ocupándose sobre todo —a parte sus habituales revistas de teatros— de escritores hispanoamericanos; conviene destacar los artículos sobre Andrés Bello, a quien, prácticamente, dio a conocer entre nosotros.

¹⁴ Véase el comentario de Valera, *Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segorria*, en *Obras completas*, ed. cit., pp. 131-139.

[N. del E.]: Al igual que apuntaba anteriormente, pese a que Alborg anote «edición citada», dicha referencia no ha aparecido antes en el texto, lo que de nuevo invita a pensar que remita a otra parte o capítulo que ya había redactado.

Desde su ingreso en la Academia, Cañete se entregó a trabajos eruditos en torno al teatro primitivo español. El 28 de septiembre de 1862 leyó en junta pública de aquella su primer trabajo al respecto, *Discurso acerca del drama religioso español antes y después de Lope de Vega*, y dio a conocer fragmentos del *Auto de los Reyes Magos* y una pieza del *Cancionero de Sebastián de Horozco*. Cañete defendió la tesis de que el teatro moderno había nacido en las iglesias y de que fue el catolicismo quien dio unidad al teatro y a todo el arte español. En 1865 publicó las *Farsas y églogas* de Lucas Fernández, nunca reeditadas en su totalidad desde su publicación en [sic]¹⁵, y en 1870 una edición de la *Tragedia llamada Josefina*, de Micael de Carvajal. En ambos estudios preliminares, además de dar curiosas noticias sobre diversos autores primitivos, insistió en sus teorías sobre el origen religioso del drama. Estas ideas le empeñaron en la aludida polémica con Valera, que se había ocupado ya del *Discurso* de Cañete en un extenso artículo. Para Valera, aunque no negaba el influjo que pudo haber tenido la Iglesia en el desarrollo del teatro primitivo, eran tan importantes por lo menos la imitación y estímulo de la Antigüedad y la tradición humanística¹⁶. La polémica con Valera no fue obstáculo para que ambos se asociasen en el proyecto de que la Academia patrocinara una colección de clásicos españoles. Fruto de estos esfuerzos fue la mencionada edición de las *Farsas y églogas* de Lucas Fernández; la del *Teatro completo* de Juan del Encina, que se publicó póstuma en 1893, y la de *El viaje entretenido* de Agustín de Rojas, póstuma también, aparecida en 1901.

¹⁵ [N. del E.]: La obra de Lucas Fernández apareció publicada en 1514 por Lorenzo de Liom Dedei en Salamanca. En 1867, que no 1865, fueron editadas por Manuel Cañete para la Real Academia Española, institución que en 1920 y 1990 hizo reimpressiones del facsímil de 1514. Ediciones modernas destacadas son las de John Lihani (1969), Alfredo Hermenegildo (1974), María Josefa Cancellada (Castalia, 1976) y Juan Miguel Valero (2004), Javier San José Lera (2015) y Julio Vélez Sáinz y Ávaro Bustos Táuler (2021).

¹⁶ Valera impugnó a Cañete en dos trabajos: *Sobre el discurso acerca del drama religioso español, antes y después de Lope de Vega, escrito por Manuel Cañete, individuo de la Real Academia Española, en Obras Completas*, ed. cit., pp. 331-342; y *Tragedia llamada Josefina, sacada de la profundidad de la Sagrada Escritura, y trovada por Micael de Carvajal, de la ciudad de Plasencia. Va precedida de un prólogo al lector, escrito por Manuel Cañete (de la Academia Española), y la publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles* (Madrid, Imprenta de Rivadeneyra, 1870), en ídem id., pp. 413-417.

Además de esto, Cañete escribió numerosos trabajos sobre autores diversos de la Edad Media y del Siglo de Oro, entre ellos: *Documentos curiosos para la historia de la lengua castellana en el siglo XVI* (1871), *El Maestro Ferruz y su auto de Caín y Abel* (1872), *Noticias que pueden servir para averiguar el verdadero apellido de Juan del Encina, poeta dramático del siglo XV* (1881), *Lope de Rueda y el teatro español de mediados del siglo XVI* (1883), etc. En 1880 publicó la *Propaladía* de Torres Naharro, que no se había reeditado desde el siglo XVI; hizo imprimir un primer volumen con tres comedias y las poesías, y anunció que en el segundo volumen, que completaría la obra, daría sus notas críticas. Pero no fue Cañete quien dio a las prensas esta segunda parte, sino Menéndez y Pelayo en 1900, con el estudio que aquel no pudo componer.

En 1885 editó Cañete un volumen titulado *Teatro español del siglo XVI*: estudios histórico-literarios, en donde incluyó, junto a trabajos nuevos, algunos anteriores. «Los estudios histórico-literarios de que se compone el *Teatro español del siglo XVI* —comenta Randolph¹⁷— contienen algunas de las mejores páginas debidas al eruditio; se percibe a través de ellas el entusiasmo con que Cañete describía lo que tanto le llegaba al alma: el espíritu religioso del pueblo español y la expresión candorosa de esa fe por medio del teatro. De cuando en cuando en ellas reaparece el impenitente polemista. Ataca, por ejemplo, la aserción de Schack de que el elemento popular no empezó a tener cabida en la escena española hasta que Juan del Encina produjo sus églogas, volviendo a insistir en que lo verdaderamente popular fueron las comedias representadas en la Edad Media con objeto de solemnizar festividades del culto».

Parece innecesario afirmar que todos estos estudios de Cañete sobre el antiguo teatro español han sido ampliamente superados por los críticos de nuestros días, dueños de mejores técnicas y más sistemáticos en su trabajo. Quizá sería aventurado aun el afirmar que Cañete abrió caminos en este género de estudios, pues aprovechó investigaciones de otros eruditos y bibliófilos; pero sí puede al menos asegurarse que movilizó la curiosidad en torno a tales temas, y hasta con sus mismas lagunas, que no tuvo la suerte o habilidad de colmar, estimuló a otros estudiosos.

¹⁷ Estudio cit., p. 222.

No sería fácil definir a Cañete por un conjunto sistemático de ideas. De hecho, juzgó según una casuística instintiva, a tenor del momento y las circunstancias, y, por descontado, de sus filias, fobias y pasiones. Frente a la controversia entre clásicos y románticos fue realmente un ecléctico, aunque más inclinado a las «normas» que a la libertad. Miraba el Romanticismo en su conjunto como un resurgimiento, pero rechazaba sus caprichosas exageraciones; y de los escritores prefería los dramaturgos a los poetas. Para Cañete, la producción romántica en el teatro había sido importante:

En el breve espacio que ha corrido desde que empezó a brillar entre nosotros la aurora de la libertad —escribía en 1846—, el teatro ha llegado a colocarse a una altura tal que con muy pocos esfuerzos podremos hacer que nos envidie la Europa entera, puesto que los elevados talentos de Gil y Zárate, Hartzenbush, Vega, García Gutiérrez, el duque de Rivas y algunos otros han depurado de tal manera este interesante ramo del saber, que han conseguido hacerlo popular y han contribuido a que el gusto del público, ya depravado, no acabe en este punto de corromperse¹⁸.

En el mismo año, en cambio, decía refiriéndose a la lírica:

¿Cuál es hoy el carácter distintivo de la lírica entre nosotros? ¿Cuál es el pensamiento que envuelve el inmenso fárrago de malos versos que se publican diariamente, en los cuales no ya se echan de menos ideas sino hasta las prendas más vulgares del bien decir? Ninguno; porque los estudios clásicos están abandonados de todo punto, y por un error harto punible se ha creído generalmente que la base fundamental del Romanticismo era errar a la ventura, sin más rumbo que el capricho, por los espacios de la fantasía¹⁹.

¹⁸ Cit. por Randolph en *íd*em *íd*em, p. 68.

¹⁹ *íd*em *íd*em, p. 69.

Ya nos hemos referido a su permanente animosidad contra Zorrilla, a quien suponía introductor de «un nuevo culteranismo no menos perjudicial que el de Góngora y sus secuaces». Cañete distinguió, sin embargo, con sagacidad lo que había en el Romanticismo de moda pasajera y de fermento perdurable. En 1855 escribía:

Nosotros consideramos el Romanticismo, no solo como satisfacción de una necesidad accidental, sino como aurora de una regeneración indispensable y fecunda; como el sol que, pasado el vértigo revolucionario con su cortejo de exageraciones y absurdos, había de hacer germinar en el suelo removido las semillas de una literatura enriquecida con elementos de duración perdurable.

Las revoluciones solo vienen cuando se las llama²⁰.

Como arriba quedó insinuado, Cañete anteponía a todo criterio estético la calidad moral y el propósito aleccionador. Comentando elogiósamente el mediocre drama de un amigo, decía Cañete:

El drama moderno, lejos de fundarse en el cinismo o en el contraste de pasiones criminales, siempre desconsoladoras para el hombre ha tomado un nuevo giro en nuestra época, a saber, el de popularizar las más augustas verdades que pueden estampar en los humanos corazones los afectos de la religión y de la sociedad.

«Para Cañete —comentaba Randolph— el teatro occidental, que dijo haber nacido en el santuario, debía nutrirse siempre de los valores éticos»²¹. Ya conocemos las razones de su enemiga contra el realismo o el naturalismo de Clarín y de Galdós: «¡Qué infernal espíritu —decía a propósito de este último—, qué exageración tan repugnante y antiartística la de aquel cura amancebado con la heroína de *Tormento!* ¡Qué malevolencia tan pueril y tan cursi la que informa el vulgarísimo argumento de

²⁰ Ídem id., p. 175.

²¹ Ídem id., p. 91.

La de Bringas!»²². Cuando Galdós solicitó en 1889 su ingreso en la Academia, Cañete se opuso —con éxito la primera vez— y «escribió sobre el funesto ejemplo que eran algunas novelas del candidato, llamándolas literatura con aire de impiedad y de perversión»²³.

Entre los aciertos críticos de Cañete habría que poner su concepto de la poesía popular, en el mismo sentido que Menéndez Pidal ha definido en nuestros días; y entre sus mayores desaciertos, aparte de los citados de Clarín y Galdós, su incomprendición de Bécquer, al que calificó de «ingenio desgraciadísimo, a quien se ha otorgado aquí y en la América española importancia tal vez mayor que la debida»²⁴.

La Revolución de septiembre de 1868 había dejado a Cañete cesante de su puesto en el Ministerio de Fomento. La Restauración no le repuso, pero la infanta doña María Isabel le nombró su secretario, y poco después Gentilhombre de Cámara en ejercicio. Cañete permaneció soltero toda su vida. Falleció en Madrid, de pulmonía, el 4 de noviembre de 1891.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L. (1984): *Liberalismo y Romanticismo (1808-1874). Historia crítica del pensamiento español*, Espasa-Calpe, Madrid.
- ALBORG, C. (2023): *Retrato del joven escritor Juan Luis Alborg: epistolario durante la Guerra Civil*, UMA Editorial/Publicaciones de la Universidad de Valencia, Málaga.
- ALBORG, J. L. (1982): *Historia de la literatura española 4. El Romanticismo*, Gredos, Madrid.
- CARNERO, G. (1978): *Los orígenes del romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia.
- COSSÍO, J. M.^a (1930): «Correspondencias literarias en la Biblioteca Menéndez Pelayo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 12, 3, pp. 248-273.

²² Ídem id., p. 239.

²³ Ídem id., p. 232.

²⁴ [N. del E.] La valoración que Alborg emite sobre las críticas de Cañete a la poesía de Bécquer podrían cuestionarse, al menos parcialmente, según los argumentos que emplea, pues en el momento en que el crítico sevillano desarrolla su opinión (1862) aún ni siquiera había salido a la luz la edición de las poesías que compilaron sus amigos y allegados (1871), por lo que el conocimiento del perfil poético de Bécquer no era completo. Asimismo, más que un error, el juicio del crítico sevillano es reflejo interesante sobre los vaivenes del canon y su recepción en tanto que constructo.

- DÍAZ-PLAJA, G. (1980): *Introducción al estudio del romanticismo español*, Espasa-Calpe, Madrid.
- ESCOBAR, J. (1973): *Los orígenes de la obra de Larra*, Prensa Española, Madrid.
- ESQUER TORRES, R. (1961): «Epistolario de Manuel Tamayo y Baus a Manuel Cañete», *Revista de Literatura: España*, 20, 39-40, pp. 367-405.
- FURST, L. R. (1969): *Romanticism*, Methuen & Co, Londres.
- GARCÍA CASTAÑEDA, S. (1971): *Las ideas literarias en España entre 1840 y 1850*, University of California Press, Berkeley.
- LARA GARRIDO, J. y B. MOLINA HUETE (eds.) (2023): *El legado de Juan Luis Alborg: semblanzas y estudios en torno a un historiador y crítico literario*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid.
- LÓPEZ COBO, A. y B. MOLINA HUETE (2023): «Correspondencia cruzada entre Max Aub y Juan Luis Alborg: la mirada del otro lado», *El Correo de Euclides: anuario científico de la Fundación Max Aub*, 17-18, pp. 241-254.
- LÓPEZ COBO, A. y B. MOLINA HUETE (2024): «Un inédito de Juan Luis Alborg sobre Max Aub: posdata en 1968», en A. López Cobo, V. Luis Mora y A. Quiles Faz (coords.), *Raíz nebulosa: una mirada a la Filología Hispánica*, Dykinson, Madrid, pp. 143-163.
- LLORÉNS, V. (1979): *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Castalia, Valencia.
- LLORÉNS, V. (1983): *El Romanticismo español*, Castalia, Madrid.
- LOYOLA LÓPEZ, D. (2024): «Cañete, Manuel. Sevilla, 6-VIII-1822 - Madrid, 4-XI-1891», en B. Sánchez Hita y M. Cantos Casenave (eds.), *Galería de periodistas de Andalucía en los siglos XVIII y XIX. Cien nombres del negocio editorial entre la política, la instrucción y la literatura*, Peter Lang, pp. 89-92.
- MACÍAS VILLALOBOS, C. (2022): «Juan Luis Alborg: latinista y precursor de los estudios sobre humanismo latino del Renacimiento español», *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras*, 43, pp. 57-75.
- MACÍAS VILLALOBOS, C. (2023): «Juan Luis Alborg, latinista», en J. Lara Garrido y B. Molina Huete (eds.), *El legado de Juan Luis Alborg: semblanzas y estudios en torno a un historiador y crítico literario*, Pórtico/Iberoamericana/Vervuert, pp. 89-141.
- MALPARTIDA TIRADO, R. (2022): *Una nueva mirada entre la literatura y el cine: el legado de Juan Luis Alborg*, Libros Pórtico, Zaragoza.
- MARRAST, R. (1974): *José de Espronceda et son temps. Littérature, société, politique au temps du Romantisme*, Éditions Klincksieck, Paris.
- MORENO ALONSO, M. (1979): *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la historia en el siglo XIX*, Universidad de Sevilla.
- PEERS, E. A. (1973 [1940]): *Historia del movimiento romántico en España* (2 vols.), Gredos, Madrid.

- PICOCHE, J. L. (1978): *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco*, Gredos, Madrid.
- RANDOLPH, R. A. (1966): *Eugenio de Ochoa y el Romanticismo español*, University of North California Press, Los Ángeles.
- RANDOLPH, R. A. (1972): *Manuel Cañete. Cronista del Romanticismo y el posromanticismo en España*, University of North California Press.
- REY SAYAGUÉS, A. y R. FERNÁNDEZ LERA (1995): «Bibliografía sobre Menéndez Pelayo y su Biblioteca (1973-1994)», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 71, pp. 255-323.
- ROMERO TOBAR, L. (2000): «Cartas de Valera a Manuel Cañete», en *Homenaje a José María Martínez Cachero. Investigación y crítica*, Universidad de Oviedo, pp. 403-426.
- ROYO LATORRE, M.^a D. (2007): «Cañete, Manuel (1822-1891)», en F. Baasner, F. Acero Yus y S. Gehrig (coords.), *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX. Diccionario biobibliográfico*, CSIC, pp. 214-218.
- SCHENK, H. G. (1983 [1966]): *El espíritu de los románticos europeos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SEBOLD, R. P. (1983): *Trayectoria del Romanticismo español. Desde la Ilustración hasta Bécquer*, Crítica, Barcelona.
- TORRES BITTER, B. (2023): «Siglo XIX en la *Historia de la literatura española* de J. L. Alborg», en J. Lara Garrido y B. Molina Huete (eds.), *El legado de Juan Luis Alborg: semblanzas y estudios en torno a un historiador y crítico literario*, Iberoamericana/Vervuert, pp. 501-535.
- VALBUENA PRAT, Á. (1968): *Historia de la Literatura Española*, t. VIII, Gustavo Gili, Barcelona.
- VALERA, J. (1902): *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX: con introducción y notas biográficas y críticas*, Fernando Fe, Madrid.
- VALERA, J. (1912): *Obras completas de Juan Valera. Tomo 31. Crítica literaria*, Imprenta Alemana, Madrid.
- ZAVALA, I. M. (1971): *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Anaya, Salamanca.
- ZAVALA, I. M. (coord.) (1982): *Historia y crítica de la Literatura Española. Vol. 5 Romanticismo y Realismo*, Crítica, Barcelona.

ANEXO

MANUEL CAÑETE

Manuel Cañete es uno de los críticos que más dijeron, y dieron qué decir, a lo largo de casi todo el siglo XIX, pues su dilatada existencia y su precocidad -comenzó a escribir y a publicar siendo prácticamente un niño- le permitieron recorrer las singladuras literarias de toda la centuria.

Nació Cañete en Sevilla en 1822. No se sabe de cierto quienes fueron sus padres; al parecer, fue hijo natural del marqués de Saltillo y de una actriz de teatro. Pasó su niñez y su juventud entre la gente de la farándula y a los catorce años era apuntador del Teatro Principal de Sevilla. Con alguna compañía de cómicos, según se cree, recorrió varias provincias, y a los diez y seis años había ya compuesto dos piezas de teatro y varias poesías y artículos. Tenía diez y nueve cuando pudo estrenar en Granada la primera de sus obras que subió a las tablas, Lo que alcanza una pasión, que representaron los mejores cómicos del momento: José Tamayo y Joaquina Baus. En 1844, después de haber vivido sucesivamente en Sevilla, Cádiz y Granada y de haber publicado abundantes cosas en diversos periódicos de las tres ciudades, se encamino a Madrid. Cañete no había seguido estudios regulares de ninguna especie, pero darnos pude la imagen del perfecto autodidacta. Leyó y estudió muchísimo por su cuenta, su vinculación al teatro le puso en contacto muy tempranamente con multitud de escritores, y tenía una mano felicísima para introducirse con gentes importantes de toda condición, con cuyo trato, tertulias y reciprocas comunicaciones eruditas y literarias adquirió vastos conocimientos; no tuvo maestros en las aulas, pero se relacionó con los mejores en frecuente intercambio epistolar.

Su juventud casi bohemia no le encaminó hacia actitudes progresistas, como venía siendo normal en la época romántica; quizás por esa fuerza de la sangre, tan acreditada en los folletines de la época, Cañete fue toda su vida un conservador incombustible, tradicionalista y monárquico, aunque isabelino, defensor del trono y del altar y de la literatura honesta y aleccionadora. Como Ochoa, pero en mucho mayor medida, la moralidad de una obra pesaba en su ánimo por encima de los valores literarios, y sólo

Cañete - 2)

~~aprobaba~~ estos últimos cuando la "sana intención" quedaba ~~demonstrada~~
Cañete fue un polemista ~~infatigable~~. Apenas hubo autor dramático, poeta, erudito o historiador, amigo o enemigo, con quien no se enzarzara en alguna disputa. No es necesario suponer que la gente de pluma de su época fuese más irritable y suspicaz que en otra cualquiera, pero parece que en la atmósfera literaria Cañete atraía el rayo. Polemizó con Amador de los Ríos a propósito ^(de los orígenes) del arte gótico; después de haber sido su admirador y amigo, la emprendió casi obsesivamente con el actor Julián Romea y con su mujer Matilde Díez, a quienes negaba toda capacidad para representar; persiguió a Zorrilla con una animosidad implacable y cruzó con él una correspondencia, que es divertida a ratos por la envenenada agudeza de ambos contendientes; terció en el ruidoso problema de El Buscapié, la famosa mixtificación de Adolfo de Castro, tomando partido erróneamente a favor de éste; se enemistó con la Avellaneda, de la que había sido amigo fervoroso y hasta platónico enamorado. La más ruidosa cuestión fue, sin embargo, con el dramaturgo Tomás Rodríguez Rubí; después de prolongados tiroteos epistolares y en periódicos, a ^{CAUSA} de las críticas de Cañete sobre los dramas de aquél, se efectuó un duelo a pistola: Rubí, que disparó primero, agujereó el sombrero de copa de su rival, pero éste, noblemente, renunció a disparar después. Piques de más o menos transcendencia y duración los tuvo Cañete hasta con sus más íntimos amigos: el poeta murciano Antonio Arnao, Fernán Caballero, Joaquín Arjona. De mucho mayor altura, por la especial calidad del contendiente, fue la polémica sostenida con Valera a propósito de los orígenes del teatro español, y también con el mismo respecto a la interpretación dada por ambos al Don Alvaro del duque de Rivas. Y, por supuestas, pueden omitirse las ^{repetidas/controversias} con periodistas y escritores del bando político o, puesto, con quienes Cañete polemizó incansable en todos los tonos sobre problemas de doctrina literaria, política o moral, sobre todo cuando éstas últimas se aplicaban a las obras de creación.

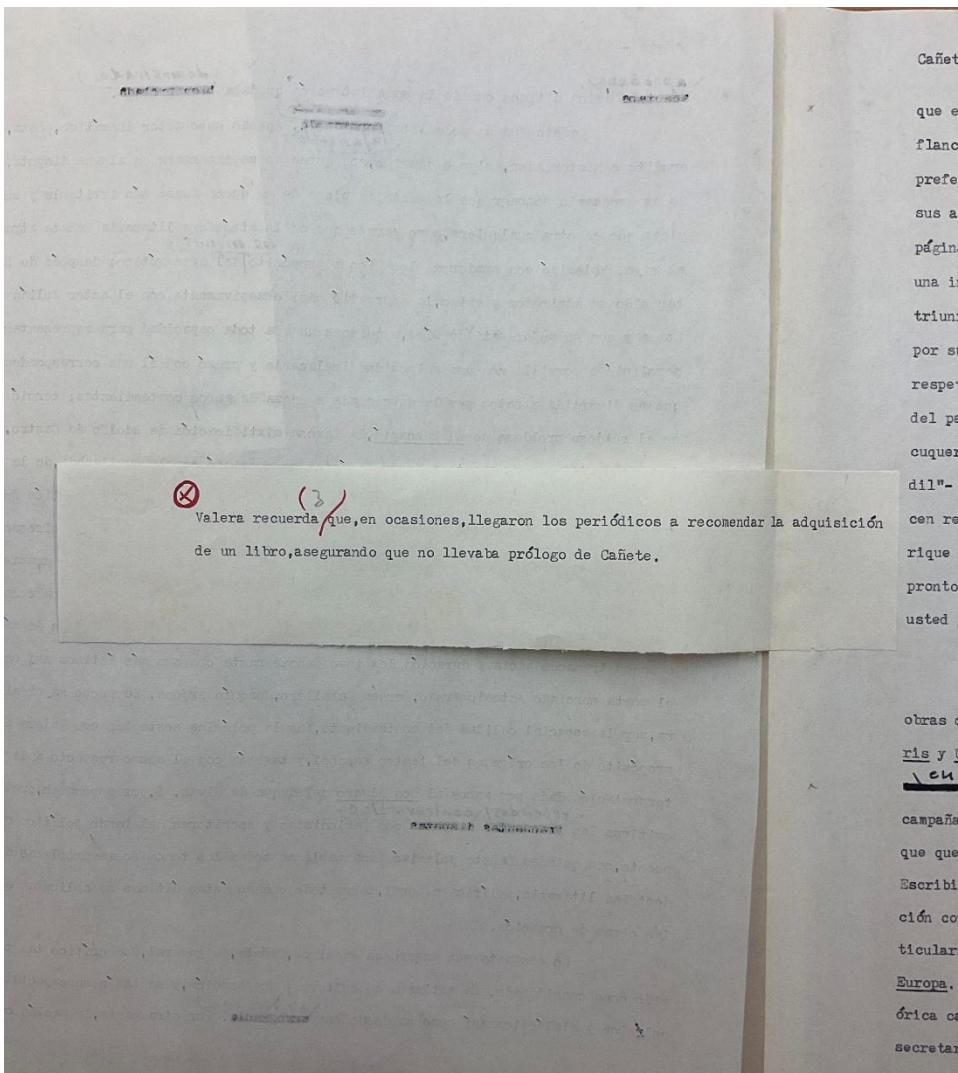
No obstante sus numerosos enemigos, Cañete, en general, fue crítico tan temido como considerado. Se estimaba su cultura y preparación, y se temía su capacidad polemica y dialéctica así como su desdorosa ^{suficiencia}. Por otra parte, la pasión con

Cañete - 3)

que encarecía las obras de sus amigos o de quienes atraían su simpatía, ofrecía un ~~propicio para el~~ flanco ~~Al correr del tiempo~~ ataque de sus oponentes. Cañete se quedó anclado en sus ideas y preferencias; hasta para su atuendo personal seguía usando los trajes a la moda de sus años mozos; las revistas y periódicos conservadores le siguieron ofreciendo sus páginas hasta el fin de sus días y las críticas de Cañete continuaron siendo en ellas una institución. Pero las nuevas promociones le detestaban. Cuando se produjo el triunfo del realismo, Cañete rechazó a Clarín y a Galdós, e incluso a la Pardo Bazán, por su liberalismo, su anticlericalismo, su pesimista visión de la realidad, su escaso respeto por las viejas instituciones. No atreviéndose a publicarlos en los periódicos del país, Cañete enviaba a ~~los~~ de Ultramar sus más duros ataques, con hábil cuquería que denunció Clarín. Los satíricos, en especial Emilio Bobadilla -"Fray Candill"- y Valbuena, ridiculizaron a Cañete implacablemente; a pesar de su残酷, merecen recordarse unas líneas del segundo en Ripios académicos: "Nacen Espronceda y Enrique Gil, verdaderos poetas, o flores de preciado aroma como usted decía, y se mueren pronto. Nace usted, verdadera hierba antipoética, o verdadero atrojo literario, y vive usted y dura ¡ay! y es usted más viejo que un palmar". (2) ~~✓~~

la adquisición

En los cuatro primeros años de su vida en Madrid estrenó Cañete varias obras dramáticas: Un rebato en Granada, El Duque de Alba, Un jesuita!, Los dos Fóscaris y Un juramento. De ellas la única de cierta importancia es la segunda, compuesta ~~en~~ glorificación del famoso militar, aunque no se le pinta en sus discutidas campañas de Flandes, sino después de ellas y como víctima de una intriga palaciega, que queda desvanecida cuando Felipe II le entrega el mando del ejército de Portugal. Escribió al mismo tiempo revistas de teatro y artículos de omnipresente, en relación con la literatura y las artes, en diversas ~~publicaciones~~ de Madrid y provincias, particularmente en la Revista literaria de El Español, en El Faro y en la Revista de Europa. En 1848 Luis José Sartorius, conde de San Luis, que estaba realizando una meteórica carrera política, conocido mecenas de la juventud creadora, nombró a Cañete su secretario y le encargó la crítica literaria de El Heraldo, el más prestigioso periód-



Cañete - 4)

dico del momento y órgano del partido moderado. Desde esta tribuna y durante varios años Cañete levantó o puso en entredicho reputaciones, según le petara, descubrió y ayudó a nuevos ingenios, patrocinados por el conde, y se atrajo las iras o el respeto de todos los que escribían en el país.

En 1852 Cañete fue nombrado Vocal de la Junta Consultiva de Teatros, y al año siguiente oficial del Ministerio de Gobernación. Se había convertido en el periodista ~~de moda~~ y era invitado a todas las tertulias literarias y fiestas de sociedad de Madrid. Pero en julio de 1854 estalló la revolución, las turbas saquearon el palacio de su protector, O'Donnell y Espartero, jefes de la nueva coalición política, entraron triunfantes en Madrid, y Cañete tuvo que huir de la capital, a donde no regresó hasta 1856.

En el intermedio, y tras haber andado escondido por algún tiempo y vencido una grave enfermedad, había fundado en Sevilla con José Fernández Espino la Revista de ciencias, literatura y artes. A Madrid regresó como redactor de El Parlamento, periódico que encarnaba la oposición contra O'Donnell. Cañete recuperó rápidamente el tiempo perdido: a poco era nombrado director de la Gaceta y en julio se le elegía académico de la Real de la Lengua, en donde ingresó ~~meses~~ ⁽⁴⁾ meses después leyendo un discurso en el que ~~hacía un paralelo entre~~ ⁽⁴⁾ Garcilaso, fray Luis de León y Rioja. Todavía antes de fin de año publicó un volumen de Poesías, ~~con~~ ^{con} muchas de las ~~aparecidas~~ anteriormente en revistas o periódicos.

En marzo de 1857 Eduardo Asquerino fundó la revista la América, en donde Cañete colaboró copiosamente, ocupándose sobre todo -aparte sus habituales revistas de teatros- de escritores hispanoamericanos; conviene destacar los artículos sobre Andrés Bello, a quien, prácticamente, dio a conocer entre nosotros.

Desde su ingreso en la Academia, Cañete se entregó a trabajos eruditos en torno al teatro primitivo español. El 28 de septiembre de 1862 leyó en junta pública de aquélla su primer trabajo al respecto, Discurso acerca del drama religioso español antes y después de Lope de Vega, y dio a conocer fragmentos del Auto de los Reyes Magos y una pieza del Cancionero de Sebastián de Horozco. Cañete defendió la tesis de que el teatro moderno ~~había~~ nacido en las iglesias y de que ~~que~~ ^{que}

Cañete - 5)

el catolicismo quien dio unidad al teatro y a todo el arte español. En 1867 publicó las Farsas y églogas de Lucas Fernández, nunca reeditadas en su totalidad desde su publicación en 1867, y en 1870 una edición de la Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal. En ambos estudios preliminares, además de dar curiosas noticias sobre diversos autores primitivos, insistió en sus teorías sobre el origen religioso del drama. Estas ideas le empeñaron en la aludida polémica con Valera, que se había ocupado ya del Discurso de Cañete en un extenso artículo. Para Valera, aunque no negaba el influjo que pudo haber tenido la iglesia en el desarrollo del teatro primitivo, eran tan importantes por lo menos la imitación y estímulo de la antiguedad y la tradición humanística.⁽⁵⁾ La polémica con Valera no fue obstáculo para que ambos se asociasen en el proyecto de que la Academia patrocinara una colección de clásicos españoles. Fruto de estos esfuerzos fue la mencionada edición de las Farsas y églogas de Lucas Fernández, la del Teatro completo de Juan del Encina, que se publicó póstuma en 1893, y la de El viaje entretenido de Agustín de Rojas, póstuma también, aparecida en 1901.

Además de esto, Cañete escribió numerosos trabajos sobre autores diversos de la Edad Media y del Siglo de Oro, entre ellos: Documentos curiosos para la historia de la lengua castellana en el siglo XVI (1871), El Maestro Ferruz y su auto de Caín y Abel (1872), Noticias que pueden servir para averiguar el verdadero apellido de Juan del Encina, poeta dramático del siglo XV (1881), Lope de Rueda y el teatro español a mediados del siglo XVI (1883), etc. En 1880 publicó la Propaladia de Torres Naharro, que no se había reeditado desde el siglo XVI; hizo imprimir un primer volumen con tres comedias y las poesías, y anunció que en el segundo volumen, que completaría la obra, daría sus notas críticas. Pero no fue Cañete quien dio a las presas esta segunda parte, sino Menéndez y Pelayo en 1900, con el estudio que aquél no pudo componer.

En 1885 editó Cañete un volumen titulado Teatro español del siglo XVI; estudios histórico-literarios, en donde incluyó, junto a trabajos nuevos, algunos anteriores. "Los estudios histórico-literarios de que se compone el Teatro español del siglo XVI" -comenta Randolph⁽⁶⁾- contienen algunas de las mejores páginas debidas al eruditó; se percibe a través de ellas el entusiasmo con que Cañete describía lo que tan-

Cañete - 6)

to le llegaba al alma: el espíritu religioso del pueblo español y la expresión candorosa de esa fe por medio del teatro. De cuando en cuando en ellas reaparece el impenitente polemista. Ataca, por ejemplo, la aserción de Schack de que el elemento popular no empezó a tener cabida en la escena española hasta que Juan del Encina produjo sus églogas, volviendo a insistir en que lo verdaderamente popular fueron las comedias representadas en la Edad Media con objeto de solemnizar festividades del culto".

Parece innecesario afirmar que todos estos estudios de Cañete sobre el antiguo teatro español han sido ampliamente superados por los críticos de nuestros días, dueños de mejores técnicas y más sistemáticos en su trabajo. Quizá sería aventureño aun el afirmar que Cañete abrió caminos en este género de estudios, pues aprovechó investigaciones de otros eruditos y bibliófilos; pero sí puede al menos asegurarse que movilizó la curiosidad en torno a tales temas, y hasta, con sus mismas lagunas, que no tuvo la suerte o la habilidad de colmar, ^{estimuló} a otros estudiosos.

No sería fácil definir a Cañete por un conjunto sistemático de ideas. De hecho, juzgó según una casuística institiva, a tenor ^{del momento} y las circunstancias, y, por descontado, de sus filias, fobias y pasiones. Frente a la controversia entre clásicos y románticos fue realmente un ecléctico, aunque más inclinado a las ^{"normas"} que a la libertad. Miraba el romanticismo en su conjunto como un resurgimiento, pero rechazaba sus caprichosas exageraciones; y de los escritores prefería los dramaturgos a los poetas. Para Cañete, la producción romántica en el teatro había sido importante: "En el breve espacio que ha corrido desde que empezó a brillar entre nosotros la aurora de la libertad -escribía en 1846-, el teatro ha llegado a colocarse a una altura tal que con muy pocos esfuerzos podremos hacer que nos envíe la Europa entera; puesto que los elevados talentos de Gil y Zárate, Hartzenbusch, Vega, García Gutiérrez, el duque de Rivas y algunos otros han depurado de tal manera este interesante ramo del saber, que han conseguido hacerlo popular y han contribuido a que el gusto del público, ya depravado, no acabe en este punto de corromperse" ⁽⁷⁾ En el mismo año, en cambio, decía refiriéndose a la lírica: "¿Cuál es hoy el carácter distintivo de la lírica entre nosotros? ¿Cuál es el pensamiento que envuelve el inmenso fárrago de malos versos

Cañete - 7)

que se publican diariamente, en los cuales no ya se echan de menos ideas sino hasta las prendas más vulgares del bien decir? Ninguno; porque los estudios clásicos están abandonados de todo punto, y por un error harto pumible se ha creído generalmente que la base fundamental del romanticismo era errar a la ventura, sin más rumbo que el capricho, por los espacios de la fantasía". (8)

Ya nos hemos referido a su permanente animosidad contra Zorrilla, a quien suponía introductor de "un nuevo culteranismo no menos perjudicial que el de Góngora y sus secuaces". Cañete ~~que~~, sin embargo, con sagacidad lo que había en el romanticismo de moda pasajera y de fermento perdurable; en 1855 escribía: "Nosotros consideramos el romanticismo, no sólo como satisfacción de una necesidad accidental, sino como aura de una regeneración indispensable y fecunda; como el sol que, pasado el vértigo revolucionario con su cortejo de exageraciones y absurdos, había de hacer germinar en el suelo removido las semillas de una literatura enriquecida con elementos de duración perdurable. Las revoluciones sólo vienen cuando se las llama". (9)

Como arriba quedó insinuado, Cañete anteponía a todo criterio estético la calidad moral y el propósito aleccionador. Comentando el mediocre drama de un amigo, decía Cañete: "El drama moderno, lejos de fundarse en el cinismo o en el contraste de pasiones criminales, siempre desconsoladoras para el hombre, ha tomado un nuevo giro en nuestra época, a saber, el de popularizar las más augustas verdades que pueden estampar en los humanos corazones los afectos de la religión y de la sociedad". "Para Cañete -comenta Randolph- el teatro occidental, que dijo haber nacido en el santuario, debía nutrirse siempre de los valores éticos" (10). Ya conocemos las razones de su enemiga contra el realismo o el naturalismo de Clarín y de Galdós: "Qué infernal espíritu -decía a propósito de éste último-, qué exageración tan repugnante y antiartística la de aquel cura amancebado con la heroína de Tormento! ¡Qué malevolencia tan pueril y tan cursi la que informa el vulgarísimo argumento de la de Bringas!" (11). Cuando Galdós solicitó en 1889 su ingreso en la Academia, Cañete se opuso -con éxito la primera vez- y "escribió sobre el funesto ejemplo que eran algunas de las novelas del candidato, llamándolas literatura con aire de impiedad y de perversión". (12)

Cañete - 8)

Entre los aciertos críticos de Cañete habría que poner su concepto de la poesía popular, en el mismo sentido que Menéndez Pidal ha definido en nuestros días; y entre sus mayores desaciertos, aparte los citados de Clarín y Galdós, su incomprendición de Bécquer, al que calificó de "ingenio desgraciadísimo", a quien se ha otorgado aquí y en la América española importancia tal vez mayor que la debida". (13)

La revolución de Septiembre de 1868 había dejado a Cañete cesante de su puesto en el Ministerio de Fomento. La Restauración no le repuso, pero la infanta doña María Isabel le nombró su secretario, y poco después Gentilhombre de Cámara en ejercicio.

Cañete permaneció soltero toda su vida. Falleció en Madrid, de pulmonía, el 4 de noviembre de 1891.

Cañete - Notas)

- (1) Aunque se cita a Cañete constantemente en todo estudio, o comentario, sobre el siglo XIX, no existía monografía alguna sobre él hasta la reciente de Donald Allen Randolph, Don Manuel Cañete, cronista literario del romanticismo y del postromanticismo en España, University of North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, nº. 115, Chapel Hill, 1972. El trabajo de Randolph es muy meritorio y de gran utilidad porque recoge y agrupa una información abundantísima sobre la actividad literaria de nuestro autor y sus relaciones con otros escritores de la época; pero, a diferencia de la monografía que había compuesto anteriormente sobre Eugenio de Ochoa y el romanticismo español (véase pág.), la de Cañete está escrita en un español lamentable, falso, quizás, el autor de la debida asistencia para su redacción en nuestro idioma. Por otra parte, la significación global de Cañete se pierde entre las mil y una noticias sobre Cañete -los árboles no dejan ver el bosque-, y el autor omite también, esta vez, la relación bibliográfica de las obras del crítico, que tan útilmente había ordenado en su estudio sobre Ochoa. Cfr., José María Iribarren, "Viaje a Navarra de un escritor romántico en 1843", en Príncipe de Viana, VII, 1946, págs. 583-591. Ramón Esquer Torres, "Epistolario de Manuel Tamayo y Baus a Manuel Cañete", en Revista de Literatura, XX, 1961, págs. 367-405; a través de las cartas de Tamayo pueden seguirse muchos detalles de la actividad literaria y vida del crítico.
- (2) Cit. por Randolph en ~~un~~ estudio cit., pág. 240.
- (3) En "Una poetisa italoíspana", en Obras Completas (Aguilar), tomo II, 2ª ed., Madrid, 1949, pág. 1138.
- (4) Véase el comentario de Valera, Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segovia, en Obras Completas, ed. cit., págs. 131-139.
- (5) Valera impugnó a Cañete en dos trabajos: Sobre el discurso acerca del drama religioso español, antes y después de Lope de Vega, escrito por Manuel Cañete, individuo de la Real Academia Española, en Obras Completas, ed. cit.,

Cañete - Notas)

págs. 331-342; y Tragedia llamada Josefina, sacada de la profundidad de la Sagrada Escriptura, y trovada por Micael de Carvajal, de la ciudad de Placencia. Va precedida de un prólogo al lector, escrito por Manuel Cañete (de la Academia Española), y la publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles (Madrid. Imprenta de Rivadeneyra, 1870), en idem. id., págs. 413-417.

- (6) Estudio cit., pág. 222.
- (7) Cit. por Randolph en idem. id., pág. 68.
- (8) Idem. id., pág. 69.
- (9) Idem. id., pág. 175.
- (10) Idem. id., pág. 91.
- (11) Idem. id., pág. 239.
- (12) Idem. id., pág. 232.
- (13) Idem. id., pág. 197.